

eso no salgo nunca sino armado de revólver y bastón de estoque. Como debéis hacer junto á mí las veces de ayudante de campo hasta que lo seáis efectivo, os confiaré los atributos de su cargo.» El príncipe sacó entonces de un cajón un revólver, y cogiendo un bastón de estoque junto á la chimenea, entregó las armas á su nuevo colaborador, estrechándole la mano.

Pocos días después, Luis Napoleón, paseándose á caballo con el comandante Fleury, pasó por el muelle de Orsay, donde estaba acuartelado el segundo de dragones al mando del conde de Goyón, que en 1846 había sustituido á mi padre como coronel; y el príncipe manifestó deseo de entrar en el cuartel. Pero dejamos la palabra al general Fleury.

«Apenas hube dicho al sargento de guardia el nombre del visitante desconocido, este nombre mágico corría de boca en boca, llegaba á todos los pisos, y los soldados, asomándose á sus ventanas, aclamaban á Luis Napoleón á voz en cuello. El coronel del regimiento, que estaba casualmente en el local, llevado del ejemplo, unióse á este movimiento espontáneo, y con voz vibrante gritaba: ¡Viva Napoleón!»

Citemos otro pasaje de las mismas Memorias: «Muy poco tiempo antes de la elección, yo había acompañado al príncipe á casa de M. Thiers, en la plaza de San Jorge, y al volver me dijo: «¡Qué singular hombrecillo es ese M. Thiers! Poco ha me preguntó qué traje me pondría cuando fuera nombrado Presidente, si civil ó militar. — Me parece, añadió, que el de primer cónsul, ó alguna cosa parecida, convendría muy bien. — No lo sé aún, contesté; pero probablemente elegiré entre el uniforme de general de la guardia nacional ó del ejército. — Pero entonces, dijo M. Thiers, ¿cómo queréis que hagamos yo ú otro cualquiera cuando seamos llamados á reemplazarle? Creedme príncipe; vestíos el traje de primer cónsul. — No quise insistir, y le dejé en la creencia de que seguiría su consejo.»

La elección no dejaba ya dudas. «La corriente firme de las opiniones más diversas, ha escrito M. Odilon Barrot, había llegado á ser irresistible..... Que no se diga que tal ó cual personaje que apoyó esta elección es políticamente responsable..... MM. Molé y Thiers, por ejemplo, que creyeron deber patrocinar la candidatura de Luis Napoleón, no han merecido por eso ni censura ni gracias, pues si se hubieran abstenido, como yo lo hice, el desenlace habría sido exactamente el mismo.»

Abierto el escrutinio en los días 10 y 11 de diciembre, dió los siguientes resultados:

Votantes: 7.517.811

Luis Napoleón. . . . .	5.572.834
Cavaignac. . . . .	1.469.156
Ledru-Rollin. . . . .	376.834
Raspail. . . . .	37.106
Lamartine. . . . .	20.938
Changarnier. . . . .	4.687

El 20 de diciembre, á las tres de la tarde, en el momento en que la Asamblea nacional discutía un proyecto de ley de mediana importancia, se vió entrar en la sala al individuo de la comisión encargado del examen de las actas de la



El general Fleury

elección presidencial: era M. Valdeck Rousseau, que anunció al punto el resultado. Después, M. Armand Marrast, presidente de la Asamblea nacional, proclamó presidente de la República á Carlos Luis Napoleón Bonaparte. El general Cavaignac pidió luego la palabra, y no pronunció más que estas únicas frases, acogidas con nutridos aplausos: «La Asamblea comprenderá mejor de lo que yo podría expresar cuáles son los sentimientos de gratitud que me deja el recuerdo de su confianza y de sus bondades para conmigo.»



Cuando el general hubo bajado de la tribuna, el nuevo presidente de la República subió á ocuparla. Vestido de negro, con la placa de la Legión de Honor, prestó el juramento prescrito por la Constitución, y pronunció, en medio de un silencio profundo, el siguiente breve discurso: «Los sufragios de la nación y el juramento que acabo de prestar dictan mi futura conducta. Veré enemigos de la patria en todos aquellos que intentaren cambiar por vías ilegales lo que Francia ha establecido.... He llamado junto á mí hombres honrados, capaces y fieles al país, seguro de que á pesar de las diferencias de origen político, están de acuerdo para contribuir conmigo á la aplicación de la Constitución, al perfeccionamiento de la ley y á la gloria de la República.» Después hizo un merecido elogio de su competidor: «La conducta del noble general Cavaignac ha sido digna de la lealtad de su carácter y de ese sentimiento del deber que es la primera cualidad de un jefe de Estado.» Y terminó así su discurso, bien acogido por la Asamblea: «Debemos cumplir una gran misión, que es fundar una República en interés de todos y un gobierno justo y firme que esté animado de sincero amor al país, sin ser reaccionario ó utopista. Seamos los hombres del país, no los de un partido, y Dios mediante, haremos por lo menos el bien si no nos fuese posible hacer grandes cosas.»

Después de bajar de la tribuna, el príncipe subió hasta el banco donde estaba el general Cavaignac y le ofreció la mano. El general, sorprendido, dejósela tomar más bien que la dió; entonces Luis Napoleón salió de la sala de sesiones, y seguido de algunos amigos, fué á instalarse en el palacio del Elíseo, que se le había señalado para residencia. Iba á permanecer en él tres años y no abandonarle sino para tomar posesión de las Tullerías.

El comandante Fleury, que debía organizar la casa del nuevo presidente de la República, había preparado el coche y los caballos que le condujeron desde el Palacio Borbón al Elíseo. El coche era un gran cupé que perteneció antes á la princesa de Liheven, amiga de M. Guizot, y los dos caballos habían sido comprados al general Cavaignac, quien los adquirió él mismo en Argel después de la revolución de febrero, cuando se vendían las caballerizas del duque de Aumale. Junto á las portezuelas del cupé, conducido por un tal Ledoux, antiguo cochero del rey Luis Felipe, iban á caballo el coronel Edgardo Ney y el comandante Fleury, destinados á ser algún día el uno montero mayor y el otro caballerizo mayor del emperador. Al penetrar en el Elíseo, el presidente quedó admirado al ver el aparato de una residencia real: los lacayos, con la librea imperial, estaban alineados en la antecámara; el suizo golpeaba el suelo con la contera de su alabarda, y los ujieres ocupaban su puesto en las puertas interiores. «El príncipe fué á sentarse á la mesa, nos dice el general Fleury en sus Memorias; á esta primera comida asistían sus amigos íntimos, Persigny, Laity, Mocquard, Bataille, el coronel Vaudrey, Edgard Ney y yo. La comida, aunque sin ser muy delicada, se sirvió bien. Aquella larga galería, con sus pinturas de Carlos Vernet, transportaba al príncipe á los primeros días de su infancia, y éste pa-

recía sentir ese bienestar del viajero que al cabo de largos años de ausencia vuelve á su casa.

Los convidados de Luis Napoleón en su primera comida en el Elíseo eran todos ardientes bonapartistas; pero ninguno de los ministros que el príncipe acababa de nombrar pertenecía á este partido. Por los antecedentes de sus in-



El conde de Falloux, ministro de Instrucción pública en la época republicana

dividuos, excepto dos nombres, el gabinete del 20 de diciembre de 1848 era un ministerio centro-izquierda y orleanista. Orador eminente, representante distinguido de la clase media honrada y liberal, el presidente del Consejo, ministro de Justicia, M. Odilón Barrot, había sido fiel partidario de la monarquía de Julio, durante la cual su oposición no dejó nunca de ser dinástica. Sus colegas, el general Rulhiere, MM. Drouyn de Lhuys, de Malleville, de Tracy, Hipólito Passy y León Faucher, todos recomendados á la elección de Luis Napoleón por M. Thiers, tenían un carácter político semejante al de Odilón Barrot. No había en el gabinete más que un solo republicano, M. Bixio, y aun éste no conservó su cartera más que algunos días. El único ministro legitimista era el conde de Falloux, que no aceptó la doble cartera de Instrucción pública y de Cultos sino por las vivas instancias de MM. Molé, Thiers, de Montalembert, de Mme. Swetchine y del abate Dupanloup, que deseaban, gracias á él, que se aprobase la ley tan vivamente apetecida por el partido católico: la ley sobre la libertad de



enseñanza. Sin embargo, M. de Falloux vaciló mucho antes de aceptar. «Yo quisiera, decía entonces el príncipe, tomar mi punto de apoyo en los conservadores, y puesto que este punto de apoyo me falta, tendré que buscarlo en otra parte. Hoy el partido legitimista (impidiendo á M. Falloux aceptar) levanta su bandera, y mañana el partido orleanista levantará la suya. Yo no puedo quedar en el aire, y voy á pedir á la izquierda el concurso que no me quieren prestar en la derecha. Esta noche veré á M. Julio Favre.» Esta amenaza puso término á las vacilaciones del conde de Falloux. En cuanto al general Changarnier, nombrado por el presidente de la República para el doble mando de la primera división militar y de los guardias nacionales del Sena, aunque esta acumulación de cargos fuese contraria á la ley de 1831, los realistas se complacían en ver en él un futuro Monck y proponíanse emplear todos sus esfuerzos para seducirle y *coronarle de guirnalda*.

Destinado á luchar contra entorpecimientos y dificultades de todo género, Luis Napoleón estaba á punto de oscilar entre los hombres de la derecha y los de la izquierda, como debía hacerlo más tarde entre el papado y la revolución italiana, entre Rusia y Turquía, entre Austria y Prusia. Este sistema de báscula, que le fué tan fatal desde el punto de vista de la política extranjera, debía servir maravillosamente para la realización de sus designios desde el de la política interior. Su madre, muy ambiciosa, si no para ella misma, cuando menos para su raza, á pesar de todas sus protestas de abstracción de las cosas humanas, le había dejado consejos escritos que iban á dirigir sus pasos. La reina Hortensia decía en su programa: «Napoleón, el autor de nuestra celebridad, sin duda agobió á los pueblos bajo el peso de su ambición; pero infundió grandes esperanzas á todos los pobres y asombrosas admiraciones por todas partes.... Cuando aquellos que posean bienes teman por sus ventajas, prometedles garantizarlos. Si el pueblo es el que sufre, hacedle ver que, así como él, estáis oprimido, dándole á entender que no tiene salvación más que por vos; y creed que no os será imposible llegar á ser literalmente un ídolo, algo como el Redentor... Es muy fácil granjearse el afecto del pueblo, porque tiene la sencillez de la infancia. Si cree que se ocupan de él, deja hacer, y solamente se subleva cuando cree en la injusticia y la traición.... No despreciéis á ninguno, sin ceder á nadie; acoged á todo el mundo, incluso los curiosos, los hombres de proyectos y los consejeros, pues todo esto sirve... Sed siempre prudente en todo y por todo, siempre libre, y no os presentéis sino en la hora oportuna.» Observando semejante línea de conducta, aplicando la máxima «dividir para reinar,» y sirviéndose, para alcanzar su objeto, de los hombres más opuestos, de los elementos más contradictorios, es como Luis Napoleón iba á utilizar su calma imperturbable, su tenacidad sorprendente, su experiencia de conspirador, su fuerza de disimulo, su audacia de jugador político y sus facultades de seducción tranquila y dulce.

## XXXII

## EL ELÍSEO

La residencia del Elíseo evocaba en el ánimo del nuevo presidente de la República ideas á la vez brillantes y siniestras. Este elegante palacio ha tenido los más diversos destinos: edificado en 1718, fué sucesivamente propiedad del conde de Evreux, de la marquesa de Pompadour, de su hermano el marqués de Marigny, del hacendista Beaujón y de la duquesa de Borbón, madre del duque de Enghien. Cuando esta princesa emigró, el Elíseo, convertido en propiedad nacional, fué entregado á varios contratistas, que dieron bailes públicos en los jardines, reservando para los juegos de azar, particularmente la ruleta, el palacio transformado en una especie de casino. Murat le compró en 1803, y cuando fué á ocupar el trono de Nápoles cedióselo al emperador, que se lo regaló á Josefina después del divorcio, permaneciendo en esta morada durante una parte de los Cien Días. Del Elíseo salió para ir á Waterloo, y allí firmó su segunda abdicación. Bajo el reinado de Luis XVIII, el palacio fué residencia del duque y de la duquesa de Berry, desde su casamiento hasta el día en que el príncipe cayó bajo el puñal de Louvel. Uno de los más antiguos recuerdos del presidente de la República era haber visto al emperador, su tío, en el Elíseo. Aquí fué donde se hundió el poderío de Napoleón I; aquí debía constituirse el de Napoleón III.

El 1.º de enero de 1849, á las diez de la mañana, el presidente, vistiendo el uniforme de general de la guardia nacional, y rodeado de los mariscales Moltor, Sebastiani, Bugeaud, Reille y el almirante de Mackau, todos de gran gala, recibió á los funcionarios y al cuerpo diplomático. Manifestó al nuncio la esperanza de ver muy pronto al papa Pío IX repuesto en sus Estados. El 4 de enero fué á instalar al rey Jerónimo como gobernador de los Inválidos, y fué recibido á la entrada del edificio por el general Petit, á quien la despedida de Fontainebleau ha hecho célebre. El 17 comió en casa de M. Falloux, ministro de Instrucción pública, donde figuraron entre los convidados M. Armand Marrast, presidente de la Asamblea nacional; el arzobispo de París, el mariscal Bugeaud, los generales Changarnier, Bedeau y de Lamoriciere; MM. Thiers, Molé, de Noailles, Viennet, Víctor Hugo, Cousin, de Saint-Priest, de Maillé, de Mouchy, Berryer y de la Rochejacquelein. El 29 de enero, Luis Napoleón comió en casa de M. León Faucher, ministro del Interior, con MM. Armand